

extendida en su cintura, que aguardara, que aguardara

—Ya lleva Ud. un gran rato de estar aquí parado— decía el guardián.

—Y si no compones pronto tus guarniciones, no te pago y me voy á pie, á buscar otro coche, caramba!—añadió Chinto.

—*Orita* nos vamos, jefe, *oritita*.
—respondió el cochero, dale que dale á las correas.

Á Rafael se le obscurecía la vista, zumbábanle los oídos y sus energías decaían. Por dicha, el gendarme se alejó convencido y en cuanto dobló la esquina, cochero y Chinto, preocupados también, de nuevo tendieron el asiento largo del pescante ayudando á que Rafael, tan pálido como la monja desmayada, atravesara el improvisado puente, que gimió con el doble peso. Á las volandas, metieron á sor Noeline dentro del carruaje, y Chinto, que conservaba algún aplomo, exclamó:

—Sí, sí, tú junto á ella, atrás los dos; y tú (*al cochero*) llévanos por donde no nos vean, hasta que sea de noche, despacio ó de

prisa, según convenga, y párate en un tendajón extraviado para que compremos aguardiente. ¡Jálale!

El simón echó á andar rumbo á las afueras, inteligentemente guiado por el cochero, que en el acto se penetró del lío y en el acto propúsose salir avante. Rafael y Chinto, con las cortinillas corridas, no se atrevían á hablar ni á tocar á sor Noeline, colocada en uno de los rincones del testero, la barba clavada en el pecho, muy demacrada, sin dar señales de vida.

—Súbela un poco, Rafael, que se nos cae —murmuró Chinto, refiriéndose á sor Noeline, que en efecto, se deslizaba del asiento.

—Súbela tú,—repuso Rafael aterrado,—yo ya no tengo alientos.

Y lo mismísimo que si el encantador cuerpo de sor Noeline fuese cadáver, Chinto, con repugnancias visibles, la compuso en su sitio.

Ni uno ni otro hablaba; ni uno ni otro atreviase á tentar ni las ropas de la religiosa, cuya respiración debilísima no podía perci-

birse con el ronco rodar del carruaje en el desigual piso de las apartadas calles que dejaba atrás, después de recorrerlas más que al trote. En las bocacalles, en que aumentaban los transeuntes y se dibujaba el contorno de algún gendarme, de algún oficial de policía á caballo, el cochero refrenaba el trote de los suyos, adrede, para no despertar sospechas, y el coche pasaba sin que lo detuvieran; pues la circunstancia de llevar las cortinillas echadas, aunque ameritaba una detención por ser contraria á los bandos policiales, casi siempre es indicio de paseo de mujeres de mal vivir con gente principal que no quiere exhibirse en semejante compañía; por la cual razón los guardianes del orden no exigen el estricto cumplimiento de la pudibunda medida, y mucho menos, cuando como en este caso la contravención se comete en rumbos excéntricos.

Por las cercanías del Panteón Americano, á un lado de la reja que defendía á la antigua Garita de la Tlaxpana, el cochero contuvo á sus animales. Ahí estaba un tendajón

donde comprar el aguardiente; un tendajón mísero y pésimamente concurrido por arrieros con sus bestias á la puerta y sin carga ya, de regreso al villorrio después de la venta de sus mercaderías en la capital. Había, además, un grupo de indios sentados en el suelo, contra el muro,—sus enormes *huacales* vacíos ocupando el medio derruido poyo de ladrillos,—que estúpida y mansamente bebían mezcal en gruesos vasos de vidrio ordinario y empañado, mientras se decían sus cuitas en su idioma degenerado que hablaban muy por lo bajo, como para que no se lo comprendieran, no obstante que es incomprensible de suyo. Cerca de ellos, un mastín corpulento y sucio, echado sobre el polvo y sacando su lengua que se le iba de un lado del hocico, los miraba. En el tenducho, encendían una lámpara, y por la mitad de la calzada, con grandísima batahola, cruzaron uno tras otro los tres tranvías de la "corrida" de Atzacapotzaleco.

—¿Quién va á tomar aguardiente?— preguntó Rafael, sin alzar su voz.

—Pues tú,—le replicó Chinto en idéntico

tono,— para que revivas. Y á ver si le untamos un poco en las sienes y la hacemos volver en sí— agregó, señalando á sor Noeline sin mentarla

—No, hombre, no; por lo que más quieras dejémosla así. ¿No comprendes que si vuelve en sí y se mira con nosotros, se pondrá á gritar, á pedir socorro y nos lucimos? Yo tampoco he de tomar nada, mi palabra..... Vámonos mejor, dí que á tu casa.....

Por acallar escrúpulos, Chinto manifestó que un desmayo que se prolonga demasiado puede ser de consecuencias; él sabía algo de medicina y le alarmaba aquella quietud, casi rígida, de la monja.

—Con tu permiso, la pulso— declaró tomando una de las muñecas de sor Noeline, con las mismas repugnancias con que minutos antes la había repuesto en su asiento.— Está muy débil, pero mucho; toca, Rafaeluco.....

—Yo no, Chinto, cómo he de tocarla? —repuso Rafael, cual si le propusieran un desacato; dominado por quién sabe qué

superstición de católico en flagrante delito contra su Iglesia.

Y otra vez enmudecieron ambos, á tiempo que en el interior del carruaje se entraban las errabundas obscuridades de la noche, que sobre las calles caían del cielo como etérea ó apocalíptica lluvia de sombras. Afortunadamente, el alumbrado público las rasgaba en ese barrio apartado; hondas rasgaduras de los anchos y oblicuos haces de la luz eléctrica, que desde la altura de los pilares de hierro y siempre ensanchándose, se derramaban encima del arroyo. Conforme el carruaje adelantó en poblado, no sólo los focos, también las luces de las tiendas, farmacias y demás casas de comercio desmenuzaban sombras, reducíanlas á fugitivas manchas negras que vencidas y azoradas por tanta claridad, se refugiaban en callejuelas y parques.

Con el empedrado de las calles céntricas, los tumbos del coche fueron más bruscos y frecuentes, y al asomar un rayo de luz en el simón, notaron que la cabeza de sor Noeline, sin ningún apoyo, se golpeaba

ligeramente contra los tableros del asiento.

—Arrímate y acuéstala en tu hombro, Rafael, para que no se lastime— le indicó Chinto, empujándolo.

Y Rafael, el calavera empedernido, el vicioso impenitente hizo lo que le aconsejaban con torpeza de colegial ó de lugareño en su primera aventura galante. Se arrimó muy poco á poco y muy poco á poco cogió la cabeza bellísima de la religiosa, reclinándola luego en el hombro, dulcemente. Con el contacto de esa carne virgen y joven, de esa carne que en su desmayo se abandonaba con impudores deliciosos, por involuntarios é inconscientes, Rafael reaccionó!

La oleada de sangre que le azotó el organismo y le hinchó las venas, apartó, como se aparta á un niño, todos sus terrores y sus supersticiones todas. Surgió el hombre, el eterno victorioso; surgió el enamorado que ha venido suspirando por lo que al fin estrecha entre sus nervudos brazos de macho resuelto á no ceder su presa femenina, la débil, la nacida para entregársele

y amarlo..... De aquel cuerpo que abrazaba Rafael delicada y desesperadamente, salía exquisito y vago perfume.... y Rafael lo aspiraba, lo aspiraba con ansia infinita, cual si á punto de asfixiarse, lo hubiesen sacado al campo, y él, por refinada voluptuosidad, no lo aspirara de una buena vez. Hacía pequeñas provisiones de olor de sor Noeline, surtiéndose en su cuello, en su nuca, sembrada de diminutos mechones testarudos,— que apuntaban por la orilla de la toca, á pesar de que en el Convento los segaba despiadadamente, á menudo, cada vez que segaba el incansable retoñar de su cabellera de oro. Rafael se proveía en ellos y apartaba la cara, para saborear el olor á moderadas dosis y no morir de ventura junto al manantial.

Sin embargo, no la besó; su secreto respeto y la íntima convicción de que la monja en sus cinco sentidos no se lo consentiría, lo detenían, hacíanle gustar más esa ebriedad que lo invadía al lado de ella, esa mezcla de sensualidad é ideal idolatría. Y así como en un principio se opuso á

volverla en sí, preocupábalo ahora el prolongado desmayo; también él le tomó el pulso, sin saber su sitio preciso, yendo su mano desatinada y tremante del codo á la muñeca de sor Noeline, posándose aquí y allí con titubeos de ignorante, con detenciones de instintiva lascivia, bruscamente excitada por aquellas durezas y curvas de estatua. Se aproximó más todavía, hasta rodear por entero con su brazo izquierdo el estrecho talle de su víctima, que aun cubierto por el hábito burdo, estrecho resultaba, en tanto que con la mano libre osó tentarle la barba y enderezarle el lindísimo rostro demacrado y caído sobre el pecho, como azucena marchitada de súbito. Volvió á dejar caer la cara de la religiosa y tiró de la ropa á Chinto:

—Chinto, apenas respira, ¿qué hacemos con ella? ¿qué te ocurre?.... por tu madre que te ocurra algo; que me vea, que me hable, que me maldiga si le place, pero que no siga así.... ¿te parece que vayamos á una botica?....

—Á ver—murmuró Chinto, pulsándola

una segunda vez y auscultándole el corazón, en medio de mil trabajos y equilibrios.—No, lo que es en el corazón no hay novedad; su pulso, su pulso es el que jura en falso.... Lo de la ida á una botica, es simplemente el disparate de mayor calibre que has proferido en tu vida.... En casa te la curo; cuestión de un poco de éter y de un sinapismo, ya verás.

Y sacando la mitad de su busto por la portezuela, azuzó al cochero:

—Anda, hombre de Dios, aviva el paso que esto no es entierro, aunque lo parezca.... Corta por esta esquina. Y ya que al fin resollaste (*á Rafael, sin mirarlo á las claras entre las sombras del carruaje*), ¿no piensas en lo que haya sucedido en el Convento?....

Pues en el Convento habían sucedido una porción de cosas. Por positivo milagro y gracias á que la hermana vigilante del recreo de las niñas, hallábase á cierta distancia del "jardín grande," no pudo enterarse de la escena rapidísima del inverosímil rapto de sor Noeline, privada de sentido. De las alumnas, ninguna tuvo la ocurrencia de

abandonar su "rueda," la rueda de todas ellas asidas de las manos y girando al rededor de una de sus compañeras, prisionera en el centro. Giraban y giraban, mascullando las palabras francesas recién aprendidas para ese juego llamado del Anillo, mientras la hermana les marcaba el ritmo del corro, con palmadas, y les corregía los errores que las hacían reír:

"*C'est la fille du roi de Espagne*

"*Qui va songeant par la campagne,*

"*Qui toute seule va songeant,*

"*Farilette,*

"*Dans la prairie en fleur,*

"*au bord des flots d'argent...."*

A cada equivocación, la vigilante paraba la rueda, que sola se deshacía porque las niñas se amotinaban, corrían, rodeaban á la hermana, ensordecían el santo recinto:

—Otra vez, sor Eugenia, otra vez, y la que se equivoque que dé prenda.

La hermana, complaciente, soldaba la rota cadena infantil, les recomendaba atención, y los versos franceses pasaban de nuevo de sus labios expertos á los de las educandas,

y de los de éstas,—juntamente con los gorjeos finales de los pájaros instalados ya en los árboles del Claustro,—se escapaban por azoteas y techos, en divino maridaje de voces de niñas y armonías de aves:

"*C'est la fille du roi d' Espagne*

"*Qui va songeant par la campagne...."*

Tan embebecidas se hallaban las unas y la otra, que no se percataron de cuándo la hermana enfermera tornaba del piso de arriba, de hablar con la superiora. En cambio, las alumnas sí observaron que al regresar del jardín y confiar precipitadamente algo á sor Eugenia y marcharse en seguida, ésta se demudó y se llevó las manos á la cabeza, cual siempre que nos anuncian una desgracia inesperada.

Á los cuantos segundos, vieron que la superiora en persona cruzó desolada por frente de ellas,—que ya no jugaban ni decían los versos del Anillo,—escoltada por muchas monjas, también apuradísimas, rumbo al jardín, ¿habría novedad con la enferma?.... Muy medrosas replegaron á sor Eugenia, se agarraron á sus há-

bitos, sin inquirir la causa de la alarma.

—*Soeur Eugenie, faites rentrer les élèves!* gritó de nuevo la superiora.

Y no vieron más, porque dócilmente, sin que sor Eugenia les notificase la orden recibida, en acobardado y murmurante tropel, caminaron en pos suya y penetraron en una de las salas espaciosas, vecinas al refectorio.

¡Qué congojas en el jardín, las de la superiora y las de las hermanas! Precedidas del viejo jardinero que descubierta la cabeza exploraba el "bosque," asomábanse tras de los gruesos troncos, removían la yerba, cual si sor Noeline cupiera debajo de ella, se diseminaban en direcciones varias, volvían á reunirse, y ante lo infructuoso de sus muchas pesquisas, monja hubo que se persignara y que se sintiera mal. No se hablaban, ¿para qué?, iban y venían con menudo paso, ni más ni menos que insectos expulsados de su hoyo que se entontecen y andan lo desandado y no se convencen, no quieren convencerse de su trascendental contratiempo. En el cañaveral de la orilla,

la superiora á la cabeza, metióse un grupo de las más animosas y concienzudamente lo examinó, sin quejas ni melindres por los rasguños y tropezones que las cañas silvestres les proporcionaban. Nada!.... Dispuso entonces la superiora que el jardinero registrara la zanja, en la que tal vez sor Noeline pudo haber caído inadvertidamente. Y cuando el anciano, armado de un palo, principió á remover el agua cenagosa, monjas y superiora alineáronse en la orilla, muy inclinadas y con los hábitos un poco remangados. Torpe el jardinero y endeble el palo, éste experimentaba resistencias á cada zambullida en el agua estancada, mal oliente y cubierta con una capa de *detritus* vegetales amarillentos.

—Pique usted más fuerte, más hondo, hasta donde alcance....

Y el palo salía escurriendo, con algunas ramas adheridas que goteaban con sonido siniestro. Nada! Nada!..... Ni en el jardín, ni dentro de la zanja, ni en parte ninguna. En la calle que les quedaba al

frente, sombría y desierta, no se veía alma ni se escapaba un ruido..... Ah! sí, escuchábase un organillo destemplado, que destrozaba las truhanescas notas del dúo de los patos de la "Marcha de Cádiz", en alguna encrucijada próxima.

—Pero si no puede ser—gimió la superiora —no puede ser. ¿No se habrá subido ella sola á la enfermería?.....

Nadie contestó, por la certeza general de que sor Noeline estaba perdida y bien perdida. Rápidamente y pidiéndole á Dios que le perdonara la mistificación indispensable que iba á organizar, resolvió la superiora que otra monja cualquiera se sentara en la silla de sor Noeline y con la cara muy tapada, la subieran las legas al dormitorio.

—Es preciso que las alumnas no sepan lo que ocurre, que continúen creyendo que sor Noeline se halla con nosotras. Usted, siéntese usted, hija mía, sin escrúpulo, porque soy yo quien carga con la responsabilidad del engaño.

Hízose todo al pie de la letra; llamóse á

las legas que cargaron con el sillón y con la pseudo-convaleciente, escaleras arriba. Las niñas vieron cruzar la procesión por los patios, con el mismo aparato de por la mañana y aumentado sólo el personal, mas para desvanecer alarmas, desprendióse una de las monjas y fué á decir á sor Eugenia, aunque de modo que las educandas lo escucharan, que no había sido sino un segundo ataque de sor Noeline, que ya había pasado, y terminó:

—Manda la madre superiora que no se altere el reglamento; que se rece el rosario como siempre y encomendando á sor Noeline, y que luego se servirá la cena, á su hora; que *haga* la lectura esta noche la niña Isabel Paredes....

Y el Colegio recomenzó su funcionamiento de máquina imperfecta.

En el piso alto, del lado de las religiosas, en el verdadero claustro, reinaba un mutismo de catástrofe que ha de aceptarse, sin embargo, con resignación, como hay que aceptar las mayores contrariedades de la vida. La disciplina no se relajó en lo

mínimo; depositaron su carga las legas, y la superiora, asistida de dos madres entradas en años, la madre Clay, irlandesa, y la madre Rossi, italiana, despidió á las demás.

Desde luego urgía avisar á fray Paulino, el único hombre en quien podían confiar; el único también—pensó para sí la superiora—sabedor del secreto de sor Noeline, y con él, del misterio del desaparecimiento. Escribióle á la carrera, cuatro letras, que el propio jardinero conduciría, autorizado á gastar en tranvía ó en simón y así economizar las horas que volaban agravando con su vuelo el inusitado sucedido. Más que nunca encareció la superiora que no se trastornara el reglamento; más que nunca la existencia interna del Colegio se deslizó equilibrada y harmónica, ahuyentándose las sospechas de las alumnas con más empeño que si se tratara de ahuyentarles las malas tentaciones. Y el Colegio rezó su rosario, en la sala "Mater Admirabilis", y en el refectorio se sirvió la cena á la hora habitual, con los platos habituales, cada niña en su puesto; y después de un rato de charla, los

dormitorios fueron llenándose, turbulentos primero, sosegados luego, según las pupilas se dormían. La Nona insistía en ver á sor Noeline; casi se le saltaron las lágrimas cuando severamente le recordaron que las educandas no deben trasponer los dinteles del monasterio, hasta que la superiora, que en espera de fray Paulino había bajado al patio y presenció la retirada de las niñas y la insistencia de Nona, le acarició su cabecita:

—Ya la verás mañana, cuando de nuevo venga al jardín. Ahora, á dormir, *sois obeissante, va.*

Por más avisadas, probablemente, las "grandes" como que no tragaban lo del segundo ataque de sor Noeline; varias "medianas" resistíanse asimismo á creerlo; y tales desconfianzas unidas á la impasibilidad un poco excesiva de que alardeaban las religiosas, determinó una falsa atmósfera, en la que flotaban indefinibles sospechas, las que nos nacen si no nos revelan ni nos permiten averiguar algo oculto que se denuncia siu que precisemos cómo; sospechas

que traen consigo el fingimiento y la observación recíproca.

Cuando ya en los dormitorios sólo velaban las lamparillas de aceite de frente á las santas imágenes, y un par que otro de ojazos encandilados demandando á las suaves medias tintas de la estancia la clave del enigma, fray Paulino entraba al Colegio sin haber conseguido sacar nada en limpio de la socarrona rusticidad del jardinero.

—Qué les sucede, madre superiora, quién se muere? ¿por qué este llamado? ¿qué hay?.....

Y en cuanto se alejó el jardinero, la superiora, asociada de la madre Clay y de la madre Rossi, condujo á fray Paulino al locutorio de la izquierda, tétricamente iluminado por una vela de estearina.

—Hay, *M. l'Abbé*, que se nos ha perdido sor Noeline; eso es lo que hay!

Al pronto, fray Paulino permaneció boquiabierto contemplando azorado á la superiora que le participaba atrocidad semejante y á las otras dos madres, que, escondidas sus manos cruzadas sobre el

vientre, dentro de las amplias mangas de los hábitos, no le daban la cara, limitándose á asentir con inclinaciones de cabeza, acompasadas y mudas. Conocíase que fray Paulino procuraba hablar; mas como no articuló palabra, la superiora reiteró su dicho, comentándolo:

—Calcule Ud., *M. l'Abbé*, lo que será de ella y lo que va á ser de nosotras!

—Perdida, perdida..... —pudo al fin balbucear el jesuíta,—pero ¿cómo ha sido ello? ¿qué es lo que quiere Ud. decir?.....

Narráronle lo acontecido, desde la enfermedad cuyo principio presenció el confesor, hasta la mejoría; la médica prescripción de sacarla al jardín para que recobrase las fuerzas; lo tranquilas que transcurrieron la mañana y la tarde, y por último, el repentino é incomprensible desaparecimiento del fondo de ese mismo jardín, durante la momentánea ausencia de la enfermera; sor Noeline tan débil y agotada, que sin la ayuda de alguien no podía por sí sola ni mantenerse en pie, no ya fugarse y caminar distancias y saltar la zanja.

—Por donde ella seguramente abandonó el Convento, ó los que se la hayan llevado la hicieron abandonarlo.... La hemos buscado, padre, cual si fuese un alfiler, hasta dentro del agua cenagosa de la zanja, en la que era muy fácil que hubiera caído y en la que se habría ahogado....

—¿Y no acudieron á la policía?—interrumpió fray Paulino.

—¿Acudir á la policía, *M. l'Abbé!*.... pero si nos está prohibido. ¿No se imagina Ud. al Comisario y á los gendarmes violando el Convento con su examen; teniendo yo que esconder á las hermanas y á las madres?... ¡Dios nos favorezca!.... para que luego invadieran la casa periodistas y curiosos, y....

—Tiene Ud. razón, madre superiora, tiene Ud. razón; no sé lo que me digo.... Yo nada puedo resolver, necesito comunicar este horror al señor arzobispo en persona, á quien voy á molestar ahora mismo.... ¿Y las alumnas? ¿saben ya la verdad?....

No, afortunadamente no la sabían, debido á que ella, la superiora, las había engañado

con la sana intención de no lastimarles su pudor y de que el crédito de la Orden no padeciera con la publicidad que las propias niñas darían á la historia, si la supiesen. Las concedoras del secreto eran las monjas todas, la comunidad entera, y el jardinero que las auxilió en sus pesquisas.

Bastóle á fray Paulino con aquellos pormenores; se marchaba, á riesgo de regresar en la misma noche ó á la mañana siguiente, muy de mañana, con las instrucciones de su Ilustrísima.

Se despidieron en el portón, que las madres abrieron y cerraron con sigilo, mientras el sacerdote se embozó en su capa y apresuró el paso, en busca de un coche de punto. La noche estaba fría, noche de diciembre, y en la amplia calle iluminada, apenas un transeunte que otro marchaba pegado á la pared, resonando sus pisadas secas y claras sobre las losas de la acera. Según avanzaba fray Paulino rumbo al centro, el pensamiento que en un principio se le levantara en el cerebro, tomaba más cuerpo y mayor forma: ¿no

sería él, director espiritual equivocado, el único responsable de la perdición de sor Noeline? ¿no habría sido él quien arrancó la venda de los ojos de la joven religiosa, cuando llevado de su iracundia sacerdotal, en mal hora le explicó que era amor su enfermedad?.....

Y la reciente catástrofe, el rapto ó la fuga de esa esposa virgen del Señor, trastornaba todas sus ideas, excavaba una negra brecha en todas sus creencias, declaraba inútiles é inservibles todas sus teorías, le obligó á dudar, por unos segundos, de la eficacia de la oración y del monasterio.... La impureza humana, volvía á estorbarle su ruta de varón justo. Aquella criatura, aquella monja sucumbiendo á la tentación, le destruía muchas convicciones que siempre tuvo por indestructibles. Ah! el pobre rebaño enfermo y sucio, yendo al barro, á pesar de los esfuerzos del pastor por conservarle su blancura!.....

En su precipitado andar, fray Paulino medio contemplaba escenas íntimas, tras las vidrieras de las casas iluminadas: hombres

que leían periódicos; señoras que arrullaban niños de pecho; muchachos tumbados en las alfombras, y allá, de vez en cuando, melodías de pianos, escapadas de alguna salita de esas, alumbradas amorosamente por *abatjourns* multicolores, en las que se adivinaba inefable calma y una relativa dicha, la poquísima que nos es dado alcanzar en la tierra. Frente á tan apacibles cuadros, frente á la soberana paz de la noche,—á la que no alteraba el que hubiese una monja de menos,—fray Paulino perdía la brújula; á su turno declarábase vencido, descorazonado, ¿para qué correr en pos del inseguro rescate de sor Noeline? ¿no sería más sensato dejarla seguir su suerte, como al fin y al cabo la seguimos todos, sin poder que nos ataje ni medicamento que nos cure? ¿por ventura el deber no sería más que una ironía, un elástico convencionalismo?.....

—¿Cuando digo que esta monjita va á acabar por volverme el juicio!—formuló fray Paulino entre dientes, para desviar á sus preocupaciones del disolvente cauce en que bullían.

—¿Vamos, amo?—le dijo un cochero desde su pescante, á la sazón que el sacerdote llegaba á la Plazuela de San Fernando.

—Vamos, sí,—repuso fray Paulino estre-meciéndose, cual si despertara de una pesadilla,—vamos al arzobispado.

En el arzobispado costóle un triunfo que le abriesen; el portero, receloso, lo identificaba al través de las puertas cerradas.

—Hágame favor de decirle al señor arzobispo, que el padre Paulino, el de Santa Brígida, lo busca para un caso gravísimo.

Todavía aguardó un largo cuarto de hora, al cabo del cual abriéronle el postigo del zaguán apenas lo suficiente para que entrase una sola persona. Á obscuras la casa, el portero lo guió alzando la vela que llevaba. En la segunda de las antecámaras, en tinieblas, lo hicieron sentarse; escuchó murmullo de voces apagadas, y un familiar, acabando de abotonarse la sotana, fué á él con una lámpara de pantalla en la mano.

—Buenas noches, padre, su señoría Ilustrísima está algo indispuerto, pero no obstante, lo recibirá á Ud. en la cama si

Ud estima indispensable que lo reciba.
¿Es indispensable?

—Vaya si lo es! Sírvase Ud. significar á su Ilustrísima que seré breve; que le suplico me otorgue unos instantes.

—Que pase Ud.—exclamó el familiar, á poco de haber penetrado en la alcoba arzobispal.—Por aquí, cuidado con esa silla....

Arrodillóse fray Paulino junto al lecho del príncipe de la Iglesia,—un modesto catre inglés de bronce,—besóle la mano á su ocupante y al incorporarse, ya el familiar se había ido y cerrado la vidriera de comunicación, sin ruido.

—¿Qué novedad tenemos, padre?—preguntó el arzobispo.

—Ay, señor! una desgracia inmensa; á una de las monjas del Santo Espiritu se la han sacado del Convento esta tarde; no se sabe quién ni dónde pueda hallarse á estas horas!

—Ave María Santísima, padre, Ave María!!..... Si parece mentira.....

—Así me lo pareció á mí, Ilustrísimo

señor, cuando la infeliz de la superiora lo puso en mi conocimiento.... Desdichadamente, es verdad! Tan fuera de mí púsome la noticia, que llegué á pensar en la policía, y sólo en vista de lo extraordinario del caso, me permití venir á molestar á su Señoría, que, de fijo, sabe y puede más que yo, mucho más....

—Hizo Ud. perfectamente, padre, ya lo creo..... Ud. lo ha calificado por su nombre, padre Paulino, es una desgracia y qué desgracia!.... una arma que esgrimirán contra nosotros nuestros enemigos, no lo dude Ud.... ¿Qué han hecho las madres y cuántos saben lo ocurrido? ¿lo saben las niñas?....

Y al propio tiempo que fray Paulino relataba lo ejecutado por la superiora del Santo Espíritu, el arzobispo se revolvía bajo las sábanas, en creciente intranquilidad, prorrumpiendo á cada pasaje en que el narrador se detenía:

—Pero qué desgracia, qué desgracia tan grande, divino Dios!....

Al concluir fray Paulino, el arzobispo

esbozó un plan; él tenía sus influencias y poderosas, con las autoridades y con algunos personajes del gobierno. Secretamente, descubriríase el paradero de sor Noeline, eso era lo de menos, y después, ¿qué hacía con ella? Ese era el problema. Imposible devolverla al Claustro; había que devolverla á su familia, á sus parientes de Francia, ¿cómo evitar que todo el mundo se enterara....?

—¿La confesaba Ud., padre?—díjole de súbito al sacerdote.

—Yo la confesaba, Ilustrísimo señor—contestó fray Paulino temblando.

—¿Y nada notó Ud. de anormal en su conciencia ó en su espíritu, que hiciese prever un desenlace así?....

—Tan lo noté, que sin excomulgarla le retiré la comunión por unos cuantos días....

—¿Y?....

—Lo demás, sólo puedo repetirlo en confesión á mi superior; ¿quiere Ud. oirme, Ilustrísimo señor?

—Pues no he de querer, en seguida.

Ayudado por fray Paulino, vistióse el

arzobispo á la ligera; abandonaron el dormitorio y no pararon hasta el sitio que habitualmente ocupaba el dueño del palacio. En él se sentó; arrodillóse de nuevo fray Paulino, inclinó la cabeza el juez, y las canas de éste y las de su tonsurado penitente, mezcladas y no formando sino una confusa mancha blanca, juntaron sus guedejas de plata.

Hablaba fray Paulino muy bajo, oíalo el arzobispo muy atento, y la enorme casa, con su enorme silencio, diríase que se interesara también y también escuchara la trágica historia del naufragio de una monja que amaba!

IV

—Párate aquí, tú!—gritó Chinto al cochero, antes de que llegaran á la puerta de su casa, en Bucareli.

Y entró solo en ella; envió al portero á un mandado, para alejarlo; previno á Adela, su hija, que un amigo enfermo iba á ocupar la salita por varios días; incomunicó ésta con las demás habitaciones, y por su puerta vidriera salió al patio y á la calle.

—Aprovechemos el momento, Rafael, no hay nadie ahora.....

El carruaje se aproximó despacio hasta el zaguán, y entre los tres hombres, sacaron á sor Noline, que Rafael se echó al hombro,